

Barrio Tiniebla

Alias Alumno: **Nikole**

Tutor: **Nancy Galán García**

Categoría: **Categoría Juvenil**

Clasificación: **FINALISTA**

Concurso de Cuentos
Fundación MAPFRE

Educatumundo



52 VOTOS

Todos los días a las seis de la tarde se iba la luz en barrio Tiniebla. Nadie gozaba con el lujo de tener un inversor, las humildes casas se iluminaban con velas, y las más sofisticadas con velones y pequeñas lámparas de aceite, por eso, a pesar de que el sector en realidad se llamaba Hermanas Mirabal, popularmente se le conocía como barrio Tiniebla, porque aunque se encendiesen un millón de velas, desde las siete y media se debía caminar tentando. A la hora a la que llegaba la luz ya tocaba comer el almuerzo y todos tenían que comprar los alimentos diariamente, porque nada lograba conservarse en la nevera.

Doña Josefina era la vendedora de velas, fósforos, velones y lámparas de aceite más reconocida en todo el barrio, y es que ella no sólo hacía las velas, sino que les agregaba distintas esencias hasta a las más baratas, para poder inundar el sector de agradables aromas en esos momentos de oscuridad. Esos olores placenteros identificaban cada hogar del barrio Tiniebla, la casa de Florencia tenía olor a lavanda, el hogar de los Pèrrier -una familia de carpinteros franceses que habían llegado al barrio hace más de 50 años- emanaba un delicioso olor a canela, la casita de los Gutiérrez olía a menta recién cortada, la viuda Carmela siempre compraba las de olor a chocolate e incluso la iglesia de la comunidad irradiaba paz con su aroma a vainilla, hasta un ciego podría guiarse por esas calles.

Una noche, a la puerta de Josefina dan dos golpes débiles, como los de un niño hambriento o una mujer desolada, al abrir la puerta, casi por instinto más que por haberla escuchado, Josefina se encuentra con una vecina, con cara de noticias de desgracia que aún no llegan a su destinatario.

? Don Hilario ta' malo, han llamao al teléfono público dende el ho'pital, dicen que la vaina e grave.

Como la comunidad gastaba todo el dinero que producían en velas y deudas, y lo que ganaba Doña Josefina se iba en ceras, esencias y la cama de hospital de su esposo Hilario, solo había un teléfono para todos y por ese único teléfono, en el barrio todos se conocían, para poder hacer llegar las llamadas a su destino.

Doña Josefina, solo por la combinación del rostro de la vecina y el nombre de su esposo ya le había comenzado a doler el pecho, intentó agarrarlo con su mano izquierda como instinto para que no se le cayese el corazón.

Sin pensarlo con claridad recogió apresuradamente su abrigo y las llaves de la casa, lo único de lo que se aseguró fue de trancar bien la puerta aunque a ella nadie le robara. Necesitaba concentrar toda su angustia en la simple tarea de cerrar los dos candados para despejarse un poco. Si se hubiese inclinado solo siete pulgadas a la izquierda, hubiese prevenido el desastre a tiempo, hubiese visto esa llama ascender lentamente por las cortinas, se hubiese dado cuenta que dejó caer una vela al recoger la llave, hubiese podido apagar ese fuego cuando aún estaba naciendo. Pero si eso hubiese pasado esta historia se terminaría antes de llegar a la verdadera moraleja.

Josefina, sin mirar atrás, corrió como un bólido para el hospital, y el único vecino con vehículo –un carrito de concho del 87- la alcanzó en la esquina y la montó en el carro para llevarla.

¿Mire' uté Doña no se vaya así regoso a que la choquen por ta' de apresurá. Cálmesese que ese marío suyo e' fuerte como un oso. Aún en la cama de ho'pital el corazón de ese hombre hace tembla' el piso.

¿Ay vecino, mi Hilario, mi don, se quiere ir ya.

Al llegar al hospital ya era muy tarde para don Hilario. Todos sus órganos estaban deteriorados por la edad, a excepción del corazón, el cual, como decía el vecino, latía como el de un toro, sin embargo, ese día avisó con temblores que su momento de tirar la toalla había llegado.

Doña Josefina no lloró, no por orgullo ni mucho menos, sino porque a pesar de que lo venía esperando desde que su marido enfermó el dolor de su partida era tan grande que solo le aturdía los sentidos.

¿Don, lléveme a casa, hoy yo no puedo lidiá con na' deso.

Ya entrando al barrio todo olía a quemado, y así como el resplandor de las llamas iluminaba por encima de las casas, se veía en la oscuridad el humo negro ascendiendo al cielo. “Qué jodienda” pensó Josefina “, tantos años rogando por luz y mira cómo es que viene a aparecerse”. El vecino parqueó su auto frente a su casa y ambos fueron caminando a ver de dónde provenía el fuego. Ninguna de las maravillosas esencias que Josefina atesoraba se podían percibir, por culpa del olor a madera quemada y el aceite de las lámparas.

Cuando llegó al fin a mirar su casa ardiendo en llamas ya no podía respirar, tal vez por todo el aire contaminado y los gritos incesantes de los vecinos que no lograban apagar el fuego, o porque lo que le quedaba de su marido se estaba derritiendo poco a poco y todo su negocio sucumbía ante sus ojos. El mismo vecino que la había llevado al hospital por su esposo, esa misma noche la tuvo que llevar nuevamente a que la internasen.

Josefina, en estado de coma, fue colocada en la misma cama en la que había permanecido su esposo por tanto tiempo, y el barrio entero, confiando en que ella no iba a correr la misma suerte de su marido, convocó una reunión.

¿No podemos permitir que cuando se despierte no sea solo viuda sino también indigente, esa mujer ha permanecido en esta comunidad por más de treinta años iluminando no solo nuestras casas sino también nuestros corazones en los momentos más oscuros ? dijo firmemente el presidente de la junta de vecinos (que se la daba en poeta).

¿¿Y qué tú pretende' que hagamo'? Con die' peso cada uno no se contruye una casa, y nosotros no tenemos' cualto ? dijo una de las vecinas.

¿Podemos hacerle una casa a la doña sin mucho dinero ?dice el señor Pèrrier? . Si todos ponemos un pedazo de nuestra propia casa...

Dos días después, a la casa de Florencia le faltaba la puerta de la habitación de la niña, a la casa de los Ramirez le faltaban todas las tablas de la galería, e incluso la iglesia había aportado el diezmo de ese mes y uno de los dos baños y en menos de una semana, con la ayuda de toda la comunidad, la casa estaba mejor construída que muchas en el barrio.

A los diez días de haber sido internada, doña Josefina despertó y al llegar al barrio Tiniebla y ver la casa en la que ahora viviría, derramó esas lágrimas que no habían caído ni cuando su esposo enfermó, ni cuando murió, siquiera cuando su casa ardió en llamas, sino ahora, convertidas en un llanto de alegría y agradecimiento.